
ECONOMIA NORTEAMERICANA Y CRISIS ECONOMICA MUNDIAL

Martin Carnoy



La Administración Reagan ha estimulado el crecimiento económico en los Estados Unidos con una baja inflación y un incremento del empleo. Pero tal vez la política de la Administración haya creado más problemas de los que ha resuelto.

En 1981, el nuevo presidente prometió reducir la inflación y fomentar simultáneamente la prosperidad económica «quitando a la gente el gobierno de encima». Acusaba a los liberales de hundir a los Estados Unidos y al mundo entero en una crisis económica. La crisis, afirmaba, sólo podía ser resuelta volviendo a un sistema de empresa realmente libre que recompen-

sara el esfuerzo individual y promoviera el ahorro y la inversión.

El elemento clave de la política económica del presidente Reagan fue la Ley Fiscal de Recuperación Económica de 1981. La ley reducía los impuestos sustancialmente tanto para los individuos como para las empresas, y también reducía los in-

gresos fiscales federales. La reforma fiscal de Reagan, combinada con recortes del gasto federal en educación, asistencia social y formación, beneficiaba a las gran-

des empresas a expensas de los asalariados, y a los perceptores de rentas altas a expensas de la clase media baja y de los pobres. Pero se argumentaba que la renta real disponible, aun para estos grupos de renta más baja, aumentaría de forma significativa como resultado de los estímulos proporcionados por las reformas de Reagan. Los americanos ahorrarían más a medida que disminuyera la inflación y aumentarían los tipos reales de interés; las empresas invertirían más a medida que se incrementaran las ganancias después de deducir impuestos; y los consumidores tendrían más dinero para gastar.

Después de cinco años, es justo preguntarse: 1) ¿ha funcionado la reaganomía?, ¿están los americanos (y el resto del mundo) en mejor o peor situación que en 1980?, ¿estamos presenciando el final de la crisis de la década de 1970 y comienzos de la de 1980?; 2) ¿cuál es el modelo económico «revelado» por Reagan (en contraposición al retórico)?, y 3) ¿cuáles son las perspectivas para este modelo en el futuro?

¿Ha funcionado la reaganomía?

El presidente Reagan ha presidido la recuperación de 1983-1985, pero la reaganomía como tal no ha funcionado. Según la reaganomía, la reducción de los impuestos marginales sobre los individuos y las empresas incrementaría el ahorro personal, la inversión empresarial y la productividad laboral. Tanto los empresarios como los trabajadores tendrían más incentivos para incrementar su renta y su riqueza. Estos incrementos de productividad e inversión impulsarían una nueva expansión de la economía. Al mismo tiempo, una rígida política monetaria reduciría la inflación. El rápido crecimiento de

El elemento clave de la política económica de Reagan fue la Ley Fiscal de Recuperación Económica de 1981.

la renta nacional incrementaría la cifra absoluta de impuestos pagados, equilibrando el presupuesto en 1984.

En el cuerno de la abundancia previsto por la reaganomía, la parte del gasto gubernamental en el producto nacional se reduciría, pero no necesariamente en términos absolutos. La economía se expandiría con tanta rapidez que la producción privada dejaría atrás a un nivel de gasto público todavía creciente pero cada vez más lento. Esta expansión de la oferta permitiría al presidente Reagan satisfacer a sus principales electores políticos —a los blancos de renta media y alta mediante recortes fiscales, y al complejo militar industrial mediante el aumento del gasto militar— sin perjudicar necesariamente a los pobres.

Sin embargo, el nirvana previsto nunca fue alcanzado. Los recortes fiscales no produjeron los incrementos pronosticados en el ahorro y la inversión. Tras la aplicación de los recortes fiscales mediante la Ley Fiscal de Recuperación Económica de 1981, la parte del ahorro en la renta personal disponible pasó de una media de un 6 % en 1977-80 a un 6,7 % en 1981, pero luego bajó a un 6,2 % en 1982 y un 5 % en 1983, para elevarse a un 6,1 % en 1984 y caer en picado a menos de un 5 % en los tres primeros trimestres de 1985. El cuadro 1 muestra que la inversión privada interior bruta de los no residentes se incrementó con menos rapidez en los cinco años de reaganomía que durante la Administración Carter. Durante los últimos tres años (1981-1985) —en lo que podríamos llamar la expansión Reagan—, la inversión real se incrementó en un 11,3 % anual (la cifra total de 1985 se basa en los tres primeros trimestres), pero si tomamos los tres mejores años del mandato Carter —1977-79— la inversión real se incrementó casi tanto, a un ritmo de un 10,1 % anual.

Tampoco ha producido la reaganomía una tasa más alta de crecimiento econó-

mico que la política de Jimmy Carter. El producto nacional bruto real se incrementó en un 2,7 % anual en los últimos años, cifra significativamente inferior al 3,2 % de crecimiento en 1977-80. En los últimos tres años (1983-85), las tasas de crecimiento han sido mucho más altas, alcanzando una media de un 4,5 % anual. Pero si tomamos los tres mejores años de Carter, 1977-79, la tasa de crecimiento anual fue aproximadamente la misma (4,45 %) que en 1983-85 (4,42 %, suponiendo un porcentaje de un 2,8 de crecimiento en 1985).

Sin embargo, la política económica de Reagan ha tenido más éxito que la de Carter a varios niveles:

1. Reagan ha reducido la inflación y conseguido una tasa razonable de crecimiento con una inflación baja y un incremento del empleo. La tasa media de inflación anual en los años de Carter fue de un 7,8 %. Esta tasa cayó a un 5,3 % en 1981-85, y en los últimos tres años, durante la recuperación de Reagan, a un 3,6 %. El empleo se incrementó en un total de un 7,6 % desde 1980, en su mayor parte desde 1982. Esta es una tasa de incremento muy inferior al 2,8 % anual (total, un 11,9 % en cuatro años) de 1977-80: comparando las dos expansiones (1977-79 y 1983-85), el empleo se incrementó en un 3,6 % y un 2,9 % anual respectivamente. A pesar del rápido incremento en 1983-85, la tasa de desempleo civil en el último trimestre de 1985 es la misma (7 %) que en 1980, año de recesión. Por un lado, muchos analistas piensan que después de tres años de expansión un 7 % representa una elevada tasa de desempleo, en especial si se la compara con la tasa del 5,6 % en 1979. Por otro lado, la mano de obra disponible está creciendo más lentamente que a finales de la década de 1970. Si el crecimiento continúa —aunque sea lentamente— las tasas de desempleo podrían disminuir lentamente.

2. El consumo personal también ha crecido con más rapidez bajo Reagan que

bajo Carter. Dado que el empleo ha crecido mucho más lentamente que en los años de Carter, el crecimiento superior del consumo ha de ser explicado ante todo por la *disminución* más lenta de los ingresos semanales de los asalariados bajo Reagan que en 1977-80. En los años de Carter, los ingresos reales *se redujeron* en un total de casi un 8 %; en 1981-85, «sólo» se redujeron en un 1,3 %.

3. La productividad se ha incrementado en un total de un 7,3 % en 1983-85 y un 8,6 % en 1981-85. El incremento de la productividad en 1977-79, los mejores años de Carter, sólo totalizó un 1,7 %, y un 1,2 % en 1977-80. Tras un período de relativo estancamiento de la productividad (1977-1982), la producción por hora aumentó fuertemente en 1983-84.

4. Las ganancias después de deducir impuestos se incrementaron espectacularmente, pasando de una media de un 8,1 % en 1977-80 a un 9,5 % en 1981, un 8,6 % en el año de recesión de 1982, un 12,6 % en 1983, un 16,7 % en 1984 y un 17,8 % en la primera mitad de 1985. Cincuenta de las principales empresas de la nación, incluyendo los grandes contratistas de la industria de defensa como Boeing, General Dynamics, Grumman, Lockheed y Westinghouse, no pagaron ningún impuesto en 1981-84 sobre sus 56.800 millones de dólares de ganancia (estudio de Citizens for Tax Justice, citado en el *San Francisco Examiner*, 29 de agosto de 1985).

5. La tasa de utilización de la capacidad productiva se elevó hasta un 80 %, porcentaje en el que se ha mantenido tras un descenso al 69 % a finales de 1982. Aunque esta cifra no es tan alta como el 84 % conseguido en 1978-79, está próxima a la plena utilización.

**Las compras relacionadas
con la defensa han crecido más
del triple que durante
la Administración
Carter.**

Pero recientes análisis económicos sugieren que estos éxitos fueron conseguidos de una forma innecesariamente costosa (véase David McClain, «The recessions

weren't worth it», *New York Times*, 1 de diciembre de 1985, sección de economía, página 2). La política monetaria restrictiva de Reagan (y de Volker) exacerbó

tanto en 1981 la caída de 1980 que la economía americana entró en su peor recesión desde la década de 1930. La inflación disminuyó, pero a costa de un elevado nivel de desempleo, de miles de quiebras de empresas, de una redistribución de la renta de los grupos de renta media baja a los grupos de renta media alta y alta que se siguieron recuperando, y de una activa política antisindical para hacer bajar los salarios de los trabajadores especializados.

Además, pese al recorte fiscal, Reagan hizo todo menos quitarle a la gente el gobierno de encima. El cuadro 1 demuestra que mientras que durante la Administración Carter las compras reales totales de bienes y servicios del gobierno federal sólo se incrementaron en una tasa anual de un 2,2 %, bajo Reagan han crecido casi el doble, en un 4 %. Pero el aspecto más sorprendente de la política de Reagan es la transferencia de las compras de los gobiernos estatales y locales al gobierno federal y, dentro de éste, de las compras no relacionadas con la defensa a las compras relacionadas con la defensa. En 1980, las compras relacionadas con la defensa eran unas dos veces superiores a las no relacionadas con la defensa en el producto nacional bruto; en 1985, eran casi tres veces superiores. Las compras relacionadas con la defensa crecieron al asombroso ritmo anual del 6,2 %, más del doble de lo que creció el producto nacional bruto, y más del triple que las compras militares durante la Administración Carter. Y mientras que las compras no relacionadas con la defensa se incrementaron casi al mismo ritmo que el PNB durante los años del gobierno Carter, bajo Reagan han disminuido constantemente en términos reales.

El rápido aumento de las compras del gobierno en 1981-85 refleja un incremento

Ha sido sobre todo el incremento de la inversión extranjera en EE.UU. el que ha impedido una escasez de capital privado.

PNB en 1980 a un 35,3 % en la primera mitad de 1985. El incremento del gasto federal es responsable de más de todo el incremento, dado que la parte del gasto estatal y local en el PNB disminuyó durante este período. En 1985, la parte del gasto federal en el PNB fue un 2,5 %, superior al 21,9 % de 1980 e incluso al 24,1 % de 1982, en el momento álgido de la recesión.

Y lo que es más importante: el recorte fiscal no produjo un crecimiento lo suficientemente rápido como para reducir el déficit, dado especialmente que Reagan estaba aumentando el gasto militar a un ritmo histórico. Los recortes del gasto en educación, asistencia social, protección del medio ambiente y desarrollo comunitario, e incluso la moderación en los incrementos de la seguridad social y en los beneficios de la asistencia sanitaria no pudieron compensar el crecimiento del gasto militar (cuadro 2).

El resultado principal del recorte fiscal fue la acumulación de casi 900.000 millones de dólares de déficits en 1981-85 (más de 200.000 millones sólo en 1985) y la previsión de grandes déficits hasta el final de la década. El déficit se ha convertido en el problema económico más importante de la agenda política. El cuadro 2 indica que la parte del déficit en el PNB se incrementó, pasando de un 2,3 % en 1980 a un 5,3 % en 1985. Dado que los distintos estados están experimentando un superávit igual a un 1,4 % del PNB, esto ha reducido el efecto negativo de los déficits federales en los mercados de capital. Pero en 1985, incluso con los ahorros de los estados, los déficits federales superarán con mucho a los ahorros personales. Un estudio del Office of Management and Budget muestra que en 1983 los emprésti-

de la parte del gasto total del gobierno —y en especial del gasto federal— en el producto nacional bruto. El cuadro 2 muestra este incremento total de un 33 % del

tos del gobierno federal absorbieron un 56,5 % de los fondos disponibles en los mercados de crédito americanos. En 1974 esa misma cifra fue sólo de un 12,9 %.

Ha sido sobre todo el incremento de la inversión extranjera en los Estados Unidos el que ha impedido una escasez de capital privado (véase el cuadro 3). El déficit no sólo presiona para que aumenten los tipos de interés, sino que además su existencia dificulta cualquier flexibilidad política en el uso de instrumentos fiscales para mantener el crecimiento. Por el contrario, es probable que los intentos de reducir el porcentaje del gasto federal en el PNB dominen la acción legislativa durante los próximos tres años, aun cuando esto signifique unas tasas de crecimiento considerablemente más lentas. La presión fiscal también se incrementará, especialmente para las empresas. Todo esto tenderá a mantener bajas en el futuro las tasas de crecimiento.

La recuperación de Reagan en 1983-85 tiene, pues, poco que ver con las teorías reaganómicas de 1981 basadas en la oferta. La combinación de recortes fiscales, incremento del gasto militar y monetarismo —sobre la que se ha basado la recuperación— equivale a una forma «invertida-pervertida» de keynesianismo: mientras que Keynes veía la salvación del capitalismo en el apoyo directo del Estado al consumo de masas (como medio de conseguir el pleno empleo), con Reagan el gasto en déficit del gobierno estimula la economía a través de la producción militar y la transferencia de la renta nacional disponible del trabajo al capital y de los perceptores de rentas bajas a los perceptores de rentas altas.

En resumen, no fue el incremento autónomo de los ahorros privados y la inversión el que produjo la recuperación. Más bien, el crecimiento en 1983-85 se vio estimulado por un espectacular incremento del gasto militar financiado mediante dé-

ficits federales, por una reducción de los costes de la mano de obra resultante de las altas tasas de desempleo y del debilitamiento de los sindicatos, por un incremento de la productividad derivado de una revolución tecnológica (ordenadores, robots, sistemas de comunicaciones, sistemas de organización) basada en la investigación y el desarrollo militar y especial, y por un coste menor del petróleo y otras materias primas debido, en buena medida, a la recesión mundial de 1980-82.

Sin embargo, el crecimiento económico sigue dependiendo del aumento del consumo. El consumo personal aumentó a un rápido porcentaje anual del 4,7 % que se inició en 1983 como resultado de una reducción de los impuestos, un aplazamiento de la demanda de bienes de consumo no perecederos, unos tipos de interés más bajos (el tipo principal descendió

La combinación de recortes fiscales, incremento del gasto militar y monetarismo equivale a una forma «invertida-pervertida» de keynesianismo.

de un 20 % en 1981 a un 11,5 % en diciembre de 1982) y una reducción del desempleo. Pero este incremento del consumo no ha estado distribuido por igual. Por diversas razones, se ha concentrado en las rentas más altas que en expansiones anteriores: la tasa de desempleo sigue siendo relativamente alta, los subsidios sociales no han aumentado en términos reales, los salarios reales de los trabajadores empleados continúan bajando (aunque más lentamente que en los años de Carter) y la reforma fiscal de 1981 ha favorecido a los perceptores de rentas más altas y a los ingresos del capital.

Aparentemente, la dura política monetaria del Fed (Federal Reserve System) y los altos tipos reales de interés han contenido la inflación. Pero esta política ha tenido un efecto sobre la inflación muy inferior al de la política antiobrera de Reagan y el descenso de los precios del petróleo (McClain, *New York Times*, 1 de diciembre de 1985). Aunque la «superabundancia de petróleo» fue estimulada en parte por el programa de ahorro de Car-

ter de 1977-80, la recesión mundial provocada por la reaganomía ha desempeñado un importante papel al reducir los costes de la mano de obra (incrementando el desempleo nacional e internacional) y mantener bajos los precios del petróleo (reduciendo la demanda mundial). Desde esta perspectiva, la clave de una inflación baja es que continúe la superabundancia de petróleo (y de otros productos) —lo que implica un crecimiento relativamente bajo de la demanda mundial de artículos de primera necesidad, incluida la gasolina— y que continúe la presión para que bajen los salarios interiores.

La política antiobrera de la Administración Reagan forma, pues, parte integrante de su plan de crecimiento económico sin inflación. Esta política incluye el apoyo a los empresarios en su ofensiva para hacer que retrocedan los salarios, la admisión de una fuga ilimitada de capitales hacia países de Asia y Latinoamérica, donde los salarios son bajos, la redefinición del pleno empleo como un «6-7 %», el consentimiento del cierre de una gran parte de las principales industrias como el acero y el transporte, y la creación de una atmósfera política hostil a los intereses sindicales.

El surgimiento de un nuevo modelo de crecimiento capitalista

La política de la Administración Reagan tiene implicaciones que van más allá de la actual recuperación. Esta política, junto con la de Thatcher en Gran Bretaña y hasta cierto punto la de Kohl en Alemania, están reestructurando la economía mundial sobre nuevas bases. Está surgiendo un modelo neoconservador de crecimiento capitalista, determinado, en parte, por procesos históricos «espontáneos», como la revolución tecnológica, y, en parte, por una política consciente encaminada a superar los actuales obstáculos al crecimiento capitalista, como el contrato social entre

empresarios y trabajadores. Aprovechándose de la actual revolución y de la crisis económica de la década de 1970, este nuevo modelo trata de recapitalizar la economía, reforzar el control político a nivel nacional e internacional y reorganizar la circulación de capital en todo el mundo. Los rasgos principales de esta reestructuración son los siguientes:

1. El tema *social* dominante del modelo neoconservador es el hincapié en la seguridad militar global frente a la expansión comunista más que en el desarrollo económico internacional y la reducción de las diferencias de renta entre las naciones y en el seno de éstas. En los Estados Unidos, la producción y el despliegue militares desempeñan un importante papel como incentivos del crecimiento económico y del cambio tecnológico. El gobierno ha reducido drásticamente la atención prestada al aumento del consumo de los americanos de renta baja.

De acuerdo con el Joint Economic Committee del Congreso de los Estados Unidos, el gasto militar se habrá incrementado en 1,3 billones de dólares aproximadamente en términos absolutos, es decir, un 13 % anual, entre 1981 y 1986. En el presupuesto de Reagan para 1986, el gasto militar se ha incrementado un 12,6 %, cifra sólo ligeramente inferior a la del 13,6 % de incremento medio anual en 1981-85. En el presupuesto para 1986, los militares se llevan un 29,4 % de una cifra récord de 972.000 millones de dólares, porcentaje superior al 22,7 de 1980. La única partida del presupuesto que ha crecido más rápidamente es el interés pagado por la deuda, que ha crecido a un ritmo del 17,9 % anual y ahora representa el 14,5 % del presupuesto federal.

La rápida expansión de la construcción de nuevas armas (el misil MX, el bombardero B-1, nuevos porta-aviones totalmente equipados), el importante y continuado apoyo a la investigación y el des-

La política antiobrera de la Administración Reagan forma parte integrante de su plan de crecimiento económico sin inflación.

arrollo militar y espacial —puesto de manifiesto por la incursión de Reagan en la «guerra de las galaxias»—, unidos a los recortes del gasto en bienestar social, sugieren una transición del *Welfare State* (Estado del bienestar) al *Warfare State* (Estado de guerra). En esta transición, no sólo el Estado sigue desempeñando un papel fundamental, sino que además el poder de decisión sobre el gasto del Estado se centraliza cada vez más a nivel burocrático (militar) nacional (véase el cuadro 2).

A nivel internacional, esto se traduce en un crecimiento más lento de la producción y la demanda mundiales de bienes de consumo que en 1945-73, e incluso que en 1973-79, en parte debido al sesgo anti-inflacionario y antiobrero de la Administración Reagan, que exige una expansión económica modesta, más que rápida, en los Estados Unidos y apoya programas de austeridad económica en el resto del mundo, y políticas de exportación, más que de crecimiento interior, en el Tercer Mundo. Además, una política exterior americana militarista y agresiva fomenta la venta y la producción de armas (los países en vías de desarrollo importaban ya 20.000 millones de dólares en armas en 1980), y esto —frente a la crisis de la deuda internacional— requiere una austeridad todavía mayor en el Tercer Mundo para pagar estas armas. Sólo una fracción del total de las ventas de armas puede ser financiada con las concesiones de ayuda militar americana. En efecto, hay una tendencia a sustituir los bienes de consumo por bienes militares a nivel mundial, con los correspondientes cambios en el comercio y la producción, así como en la importancia dada a una tecnología (adecuada) de bienes de consumo frente a una tecnología militar.

2. La economía mundial está siendo remodelada por una importante revolución tecnológica/informativa que ya está en

**La política de Reagan,
junto con la de Thatcher y Kohl,
están reestructurando
la economía mundial
sobre nuevas bases.**

marcha en los Estados Unidos y en otros países industrializados. Esta revolución incrementa la productividad en la manufactura (robotización), en el sector de los servicios (comunicaciones, informática, automatización administrativa) y en el sector de los bienes de consumo (informática). El rápido crecimiento de la producción de *hardware* y *software* que acompaña a esta revolución incrementa el empleo en las industrias de alta tecnología tales como las de ordenadores, microprocesadores, sistemas de comunicaciones y desarrollo de *software*, pero este incremento no compensa necesariamente a la mano de obra sustituida por la aplicación de productos de alta tecnología a otros sectores. Aunque el futuro efecto neto de la nueva tecnología sobre el empleo es una cuestión muy controvertida, diversos estudios sugieren que las seculares tasas de desempleo continuarán aumentando aún con mayor rapidez en el futuro (véase un resumen de la controversia en Russell Ruberger, *High technology and loss*, Institute for Research on Educational Finance and Governance, Universidad de Stanford, proyecto número 84-A12, 1984).

3. El modelo neoconservador ha intentado reestructurar la relación capital-trabajo debilitando el poder de los trabajadores organizados. La política antisindical de Reagan, el mantenimiento de una alta tasa de desempleo, los recortes y retrocesos salariales, la reducción de los subsidios sociales, la sustitución de mano de obra masculina por mujeres casadas peor pagadas y la de trabajadores negros y jóvenes por emigrantes, que permite la libre circulación del capital en el exterior a través de empresas incontroladas, y el desarrollo de una mano de obra no sindicada y mal pagada son factores que han debilitado a los trabajadores organizados en los últimos años. El alto nivel de desempleo —en la actualidad del 7 %— ha sido la mayor fuente de presión para hacer bajar los salarios. Pero la competen-

cia extranjera (a menudo de filiales de transnacionales con sede en los Estados Unidos) también mantiene a raya a los trabajadores con empleo.

Se está pidiendo a los sindicatos que hagan concesiones inauditas hace cinco años. Se han contentado con incrementos medios de un 2,3 % anual para los próximos tres años, un 2 % por debajo de la tasa de inflación prevista. Sin embargo, ni siquiera tales concesiones han sido suficientes para impedir el cierre de muchas fábricas, especialmente en las industrias del acero y del automóvil, y para impedir que algunas compañías, tales como Continental Airlines, utilicen la legislación en materia de quiebra para acabar por completo con los sindicatos. La presión para que los trabajadores acepten retrocesos salariales ha desembocado también en la violencia, como en la huelga de los autobuses Greyhound de noviembre de 1983.

La presión sobre el salario social proviene también de los constantes esfuerzos de la Administración Reagan por «privatizar» la sociedad americana: en apariencia por crear una mayor confianza en el mercado libre de decisiones sobre asignación y distribución, y con ello más eficiencia y una mayor producción. El principal objetivo de la presión ha sido el gasto gubernamental en bienestar social, pero también han sido importantes la desreglamentación de las empresas y la supresión de las normas de seguridad y protección del medio ambiente. Todo ello ha obligado al trabajador y al consumidor a soportar cada vez más los costes de unas prácticas industriales perjudiciales para la salud y el medio ambiente, lo que reduce el salario social y deteriora, de hecho, la calidad de vida.

4. La producción en los Estados Unidos sufrió una importante reestructuración regional en la década de 1970 que se intensificó en 1981-84. La «desindustrializa-

ción» de los Estados Unidos radica, en gran medida, en el desplazamiento de la manufactura del antiguo cinturón industrial al Sur y al Oeste, regiones con un mejor «ambiente empresarial». Este ambiente consiste en mano de obra peor pagada, ciudades y condados conocidos por sus gobiernos antisindicalistas, estados dispuestos a hacer concesiones fiscales para atraer a la industria, y condiciones de vida relativamente agradables para los ejecutivos de alto y medio nivel. Pero el *boom* del petróleo y del gas natural de 1973 a 1980 en Texas, Oklahoma y Louisiana, así como el masivo gasto militar federal en el *Sun Belt* en la década de 1980, desempeñaron también un papel crucial en el mayor crecimiento económico de estas regiones.

El desplazamiento del gasto gubernamental hacia California, Texas, Colorado, Arizona y otros estados del Oeste ha tenido un enorme impacto en la estructura de poder de los Estados Unidos y, por consiguiente, del mundo. Aunque las últimas cifras sobre la población (1985)

muestran que la tendencia se ha suavizado y que hay un rápido crecimiento económico en algunos estados del Noreste y una cierta mejoría en el Medio Oeste, la población continúa desplazándose hacia el Sur y el Oeste, y los gastos de defensa continúan concentrándose en estas regiones. Esto no significa necesariamente un deslizamiento del liberalismo al conservadurismo. Para la izquierda, significa la transición de una tradición democrática dominada por el trabajo a una más abierta a las nuevas ideas sobre la reforma social y política. Para la derecha, el *establishment* del Suroeste es más agresivo en sus posturas sociales y militares, menos inclinado a comprar la paz social con concesiones y más firmemente anticomunista en sus opiniones de política exterior.

5. La economía de los Estados Unidos se está viendo cada vez más afectada por el desarrollo de una amplia y crecien-

El modelo neoconservador ha intentado reestructurar la relación capital-trabajo debilitando el poder de los trabajadores organizados.

te economía sumergida. La economía sumergida representa una nueva forma de la producción capitalista: evita la organización sindical, la reglamentación del gobierno y, habitualmente, incluso los impuestos, aunque sigue unida a las grandes empresas por acuerdos de subcontratación. La economía sumergida es importante; representa tal vez el 15 % del producto nacional bruto. Abarca una multitud de actividades ilegales (el tráfico de drogas y las transacciones en metálico no declaradas del comercio y los servicios, por ejemplo). Pero en su forma manufacturera de talleres con mano de obra mal pagada, la economía sumergida permite a las empresas con trabajadores sindicados, agobiados por unos salarios elevados y unos planes masivos de beneficios, reducir sustancialmente sus costes.

La economía sumergida será estimulada por la inmigración masiva de mano de obra barata procedente del Tercer Mundo hacia estos puestos de trabajo industriales, y por la revolución tecnológica en las industrias de servicios. Los microprocesadores permiten a los individuos trabajar en casa como «*commuters computers*» (personas que pueden llevar a cabo sus tareas en microprocesadores domésticos conectados a un despacho por una línea telefónica), o como empresarios autónomos que reciben unos honorarios por los servicios prestados con un ordenador desde su casa. Algunas proyecciones prevén que un 18 % de la mano de obra en los Estados Unidos trabajará en casa a finales de siglo. Si estas proyecciones son correctas, la existencia misma de los sindicatos está amenazada.

6. La «crisis» del petróleo de 1973 y 1979 produjeron una nueva fase de internacionalización del capital privado americano. Este capital se concentró cada vez más en las compañías de petróleo y gas en la década de 1970, y posteriormente fue reciclado (junto con los dólares de la

OPEP) a través de bancos americanos. En 1965, un 21 % aproximadamente de la inversión privada interior bruta en los Estados Unidos provenía de las compañías petrolíferas y los bancos, en 1981, la cifra se aproximaba a un 45 % (M. Carnoy, D. Shearer y R. Rumberger, *A new social contract*, Harper and Row, 1983). A pesar del hincapié hecho en el crecimiento de la alta tecnología a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, el grueso del capital privado americano está ahora en manos de los productores de energía y de los bancos. Al ser los sectores más transnacionalizados, son los más capacitados para hacer que el capital circule por el mundo, y lo hacen. La banca internacional, las compañías petrolíferas y el *Warfare State* americano se han convertido en las nuevas esferas de coordinación del sistema económico mundial.

Las contradicciones internas del nuevo modelo

La principal fuerza del modelo neoconservador está en su coherencia ideológica. Concilia los postulados clásicos de la economía de libre mercado con los valores tradicionales del puritanismo y el patriarcado. Sin embargo, es dudoso que la sociedad americana o la economía internacional de hoy en día puedan ser reducidas a unos términos tan simplistas o regidas por ellos. La eficacia económica del modelo neoconservador será puesta en entredicho antes o después por sus contradicciones internas. Su viabilidad política dependerá no tanto de sus propios méritos como de la capacidad de los movimientos políticos de oposición para proponer una alternativa coherente y popular más adecuada a las realidades actuales. Hay, por consiguiente, unos límites

tanto políticos como económicos a la consolidación de la versión de 1985 del nuevo orden económico tal como lo concibe el neoconservadurismo americano.

La economía de los EE.UU. se está viendo cada vez más afectada por el desarrollo de una amplia y creciente economía sumergida.

Tal vez el límite político más serio al modelo neoconservador sea la profunda inquietud de muchos americanos ante el proceso de militarización. Aunque el poder militar ha desempeñado un importante papel en la política exterior de los Estados Unidos desde el siglo pasado, siempre ha provocado en los americanos sentimientos ambivalentes. Muchos opinan que la esencia de la democracia en los Estados Unidos se ve comprometida por la intervención militar. Otros, y en especial las organizaciones religiosas y los grupos feministas, creen que es intrínsecamente antihumanista. Estas organizaciones han desempeñado un papel crucial en el movimiento antinuclear y en la oposición a la política de Reagan para Centroamérica.

Tal vez el límite político más serio al modelo neoconservador sea la profunda inquietud de muchos americanos ante el proceso de militarización.

condición necesaria para un futuro económico y social mejor, espera desviar la atención de los votantes de los costes económicos y sociales de la militarización.

A pesar de estos sentimientos, la política exterior de Reagan es explícitamente militarista. El militarismo es inseparable de la actual versión de la reaganomía. Pues ha sido este militarismo el que ha proporcionado una buena parte de la base de la actual versión de la reaganomía. Pues ha sido este militarismo el que ha proclama. Como ideología, proporciona una importante justificación a los costes sociales de la política económica de Reagan en los últimos cinco años: el aumento de la pobreza (el porcentaje de individuos por debajo de la línea de pobreza pasó de un 11,7 % en 1979 a un 13 % en 1980 y a un 16 % en 1983, reduciéndose ligeramente a un 15 % en 1985), el estancamiento del nivel medio de vida (la media de los ingresos familiares bajó de 26.179 dólares en 1976 a 25.418 en 1980 y 24.580 en 1983), el aumento de la desigualdad entre las rentas, la disminución de la cantidad y la calidad de los servicios sociales, y el incremento de la contaminación y los riesgos para la salud y la seguridad. Reagan ha hecho a menudo hincapié en el tema del sacrificio para preservar al «mundo libre» del comunismo. Convenciendo a los americanos de que este sacrificio es la

A lo más, hay un apoyo con reservas de los votantes al militarismo. La prometida seguridad se ve contrarrestada por el miedo a una guerra nuclear, a verse envueltos en guerras limitadas en todo el mundo, a incurrir en déficits gubernamentales para construir sistemas de armas masivos que pronto quedan anticuados. Los sindicatos, por primera vez desde la segunda guerra mundial, no están convencidos del valor del gasto militar para el empleo. Entre los dirigentes sindicales están ganando cada vez más aceptación los estudios que demuestran una pérdida de puestos de trabajo en el sector privado cuando el gasto del gobierno se desplaza del bienestar social al terreno militar.

Algunos industriales, banqueros y otros miembros del sector privado se oponen también al incremento del gasto militar. Consideran que tal gasto compite con el capital privado no militar y con la inversión en educación, transporte y otras infraestructuras públicas. Pero existe probablemente otra razón, más sutil, por la que a los círculos empresariales les preocupa la carrera armamentista internacional: el dominio americano del sistema internacional depende cada vez más de la tecnología militar. Ciertamente, la política de desarrollo del Tercer Mundo está fuertemente influida por el Fondo Monetario Internacional (que a su vez está fuertemente influido por los banqueros y los mayores bancos privados de los Estados Unidos). Pero la creciente militarización del mundo da al Pentágono (al Estado) un mayor poder no sólo sobre las economías del Tercer Mundo sino también sobre las europeas. Francia e Italia, por ejemplo, dependen cada vez más de las ventas de armas a otros países para obtener ingresos en concepto de expor-

tación. Al mismo tiempo, los exportadores de armas dependen de los Estados Unidos para obtener tecnología, especialmente en lo que respecta a la microelectrónica. Así pues, los Estados Unidos no son sólo uno de los principales proveedores mundiales de armas, sino que también desempeñan un papel aún más importante en la tecnología militar. Es el Estado, y no el sector privado, el que controla estas ventas y esta tecnología, aun cuando las beneficiarias directas sean empresas privadas, como Lockheed y McDonnell-Douglas.

2. Aunque la importancia dada al gasto militar pueda haber fortalecido momentáneamente a los Estados Unidos en el plano internacional, al mismo tiempo ha contribuido al enorme déficit del gobierno federal. Aun cuando la economía marche bien y esté a punto de firmarse una ley con un paquete de medidas para reducir el déficit, se espera que éste se mantenga entre los 100.000 millones y los 200.000 millones de dólares hasta 1988. La deuda federal ha crecido más rápidamente que el PNB desde 1980. Desde 1982 —con la expansión de Reagan— la deuda ha crecido un 14,3 % anual, mientras que el PNB crecía sólo un 9 % (ambos en precios actuales). Para cubrir el déficit, el gobierno federal tuvo que pedir un préstamo por la asombrosa cantidad de 210.000 millones de dólares en el año fiscal de 1985, y tendrá que pedir otro de casi 200.000 millones en el año fiscal de 1986.

La existencia de este gran déficit es un recordatorio de que Reagan no ha conseguido cumplir su promesa central: reducir el papel del gobierno en la economía. De hecho, el gasto del gobierno no ha sido recortado por Reagan; en lugar de ello, ha sido transferido del bienestar social al gasto militar, y, en cualquier caso, la empresa privada ha pasado a depender más del apoyo gubernamental que en el pasado. Por ejemplo, el condado de San-

ta Clara, donde está situado el «Silicon Valley», recibió 4.300 millones de dólares en contratos militares en 1984, es decir, unos 5.400 dólares por cada persona empleada en el condado.

La política económica de la Administración ha llevado también a una fuerte intervención del gobierno en tres de los mayores sectores económicos: la industria del petróleo, que está siendo ayudada mediante la venta de concesiones petrolíferas marinas propiedad del gobierno federal; los principales bancos, que están siendo salvados de un posible hundimiento gracias a los préstamos del FMI, respaldados por el gobierno, a los países en vías de desarrollo; y el sector manufacturero, cuyo crecimiento está siendo estimulado sustancialmente por el gasto militar. Y toda la economía está siendo espoleada por los ilimitados empréstitos del gobierno.

La oposición pública al rápido ritmo de gasto militar y a los déficits ha llevado en 1985 a una legislación sobre la reducción del déficit que obliga al Congreso y al presidente a eliminar este déficit a comienzos de la década de 1990. Aunque el presidente Reagan ha insistido en que cualquier reducción del déficit debe incluir incrementos del gasto militar por lo menos tan grandes como la inflación, el paquete de medidas propuestas por el House-Senate Conference Committee exige una reducción mucho más drástica del presupuesto del Pentágono.

Pero la obligación de reducir el déficit precisamente cuando la expansión económica se está quedando sin fuerzas puede plantear problemas a un crecimiento continuado en la década de 1980. En teoría, la reducción del déficit incrementará el capital disponible para la inversión privada y los tipos de interés reales bajarán, estimulando el crecimiento. Los ahorros de las empresas aumentaron fuertemente en los últimos tres años al dispararse las

La creciente militarización del mundo da al Pentágono un mayor poder no sólo sobre las economías del Tercer Mundo sino también sobre las europeas.

tasas de ganancia (véase el cuadro 3). Sin embargo, la reducción del crecimiento del gasto gubernamental reducirá el crecimiento del PNB y moderará la demanda de bienes privados, y especialmente de elementos de producción no perecederos que desempeñan un papel tan importante en las compras militares. Si una parte significativa del déficit es transferida ahora a los ahorros de las empresas a través de ganancias superiores, la legislación sobre la reducción del déficit podría perjudicar a las empresas en lugar de ayudarlas. Además, unos tipos de interés reales más bajos frenarían el gran incremento neto de la inversión extranjera en los Estados Unidos (véase el cuadro 3). Una reanudación de la salida neta de capital de los Estados Unidos al resto del mundo tendería a elevar unos tipos de interés apoyados en el interior.

La legislación sobre la reducción del déficit, combinada con la relativa disminución de los ahorros personales durante la expansión de Reagan, significa que la economía americana confiará cada vez más en los ahorros de las empresas para financiar la inversión interior y que los ahorros de las empresas tendrán que depender mucho menos de la expansión del gobierno. La creciente volubilidad potencial que esto introduce en la economía hace que sea muy probable que cualquier tendencia recesional en el resto de la década sea contrarrestada con la suspensión de la reducción del déficit por parte del Congreso.

3. Si consideramos el déficit de los Estados Unidos a la luz de las actuales tendencias económicas mundiales, resulta evidente lo frágil que se ha vuelto la economía mundial como resultado de las políticas neoconservadoras (véase el cuadro 4). La actual recuperación americana está basada en el consumo privado estimulado por los recortes fiscales para la clase media alta y en el gasto militar. Esto ha he-

La actual recuperación americana está basada en el consumo privado estimulado por los recortes fiscales para la clase media alta y en el gasto militar.

cho que subieran los tipos de interés reales y ha inflado el valor del dólar, atrayendo capitales de todo el mundo (véase el cuadro 3 para el crecimiento de los fondos extranjeros netos en los Estados Unidos). Hasta este año (1985), los tipos de interés reales siguieron siendo significativamente más altos que en 1980, último año de la Administración Carter. Todavía en diciembre de 1985, tras una caída de casi dos puntos porcentuales en el tipo principal a lo largo de los últimos 12 meses (de un 11,25 a un 9,50 %), el tipo principal real sigue siendo superior al 6 %, algo más alto que el tipo principal real en 1980 (casi un 5-6 %, según las cifras usadas para medir la tasa de inflación) y el doble del tipo medio real durante la presidencia de Carter. Pero los altos tipos reales y el dólar sobrevalorado han agotado también las fuentes financieras para invertir en otras partes o han obligado a los países a elevar sus propios tipos para conservar su capital en casa. En ambos casos, se ha reducido notablemente el ritmo de recuperación internacional desde la sacudida del petróleo de 1979 y la recesión de 1980-82 estimulada por los Estados Unidos. Los tipos altos también han elevado el coste del pago de la deuda masiva del Tercer Mundo contraída durante la década de 1970, en que los intereses reales eran bajos.

La base de una expansión internacional sostenida está limitada a una pequeña parte del mercado americano (hogares de renta media y alta), para la cual existe una creciente competencia internacional, y a los militares tanto de los Estados Unidos como del Tercer Mundo. Pero son precisamente estos sectores los que más se benefician de los dos factores en que se basa el déficit presupuestario de los Estados Unidos: los recortes fiscales y el gasto de defensa. Así pues, el déficit americano está absorbiendo recursos de capital de todo el mundo. Una reducción de esta afluencia tiene implicaciones significativas para

la economía de los Estados Unidos, especialmente en los próximos años, ya que intenta reducir los déficits. Si el dólar cae lo suficiente, las exportaciones americanas aumentarán, pero no se puede esperar que las exportaciones por sí solas sostengan el crecimiento interior, como tampoco lo han hecho en Europa. Los Estados Unidos están, pues, tratando de resolver los dilemas creados por la reaganomía hasta que se puedan recoger los beneficios de la nueva productividad que está siendo estimulada por la revolución tecnológica. Sin embargo, estos beneficios no podrán ser recogidos mientras la tecnología sea canalizada hacia usos militares. Mientras los Estados Unidos insistan en centrar sus esfuerzos en las aplicaciones militares, los japoneses continuarán dominando el mercado de productos electrónicos de consumo. Tampoco podrá

ser provechosamente asimilado en la economía el cambio tecnológico sin un tipo diferente de organización social y política, organización que entraría en conflicto con los postulados autoritarios y burocráticos de los neoconservadores.

El problema de la deuda del Tercer Mundo es otro aspecto de la cuestión. El modelo económico de Reagan ha exacerbado enormemente la crisis de la deuda y la formidable amenaza que plantea al sistema financiero internacional. Esta amenaza se ve agravada aún más por la carrera de armas que los Estados Unidos han contribuido a estimular en el Tercer Mundo. El incremento relativamente lento de la demanda mundial de bienes de consumo ha reducido el mercado para las exportaciones del Tercer Mundo, y el dólar fuerte y los altos tipos de interés americanos han incrementado el coste del pago de los préstamos. Aunque la situación varía de una economía a otra (véase M. Carnoy, *Foreign debt and Latin American domestic policies*, Universidad de Stanford, 1985), es prácticamente imposible para la mayoría de los países pagar sus deudas. Con la

cooperación de Washington, los bancos y el Fondo Monetario Internacional llegaron a una serie de acuerdos en 1982-84 con diversos países para fijar un nuevo calendario de pagos, en la esperanza de que las políticas de austeridad impuestas por el FMI pudieran comenzar a reducir drásticamente la inflación y restaurar la confianza de los inversores. Cuando a mediados de 1985 quedó claro que estas políticas habían fracasado en México y estaban tropezando con una fuerte oposición en Brasil, Perú y otras naciones deudoras, el gobierno de los Estados Unidos intervino directamente con el Plan Baker, en un esfuerzo por obtener 20.000 millones de dólares de bancos americanos. Estos fondos han de servir como préstamos a medio plazo para invertir en tasas de crecimiento más altas en las naciones deudoras. El Plan Baker reconoce final-

mente que la deuda no puede ser reembolsada sin estimular el crecimiento económico a nivel mundial. Pero el Plan llega en un momento en que el crecimiento

en los Estados Unidos es lento y en que las perspectivas de una recuperación económica mundial son a lo sumo tenues. Mientras tanto, la crisis de la deuda continuará; y una sola falta de pago podría significar una catástrofe para el sistema bancario americano.

4. El modelo neoconservador depende del mantenimiento de unos salarios reales bajos e incluso decrecientes. En los dos primeros años de la expansión de Reagan (1983-84), la media de ingresos, los brutos reales semanales de los trabajadores subalternos, aumentó solamente un 1,7 %, pero ha comenzado a bajar de nuevo en 1985. Incluyendo la recesión de 1981-82, los ingresos reales han disminuido en un total de un 1,3 % durante la presencia de Reagan. Esta cifra es comparable a la caída total de un 1,8 % en 1977-80.

La relativa mejoría de la situación de la media de los salarios brutos reales en los

últimos tres años se ve complicada por dos factores: primero, cuando el efecto global neto de unos impuestos más bajos y unas ganancias más bajas se incluye en la valoración de la posición media de los asalariados en 1985 frente a la de 1982, los ingresos después de deducir impuestos suben ligeramente, pero los beneficios sociales bajan en una proporción aún mayor; segundo, los sindicatos —las organizaciones que más han hecho por mejorar el nivel de vida de los trabajadores en el pasado— son sometidos a constantes ataques por la Administración Reagan, la cual ha creado una atmósfera en la que las empresas han podido mantener los nuevos contratos salariales por debajo de la inflación. Es dudoso que los sindicatos puedan mejorar las negociaciones de los contratos en el resto de la década y recuperar los salarios perdidos en los últimos tres años, especialmente si continúan las altas tasas de desempleo, las tasas decrecientes de sindicación y la fuerte economía sumergida. Pero los sindicatos siguen representando una poderosa fuerza política en los Estados Unidos. El plan de la Administración para hacer de los salarios bajos y la mano de obra debilitada un rasgo permanente de un crecimiento capitalista renovado está lejos de estar garantizado.

Los sindicatos han sido especialmente eficaces cuando han movilizado a los trabajadores contra las reducciones del salario social. Su campaña, coronada por el éxito, para impedir reducciones en la seguridad social y en el subsidio de desempleo es un ejemplo de ello. Para la Administración Reagan, estos recortes son fundamentales para cambiar el sistema de relaciones laborales construido bajo el *New Deal*, pero amenazan las conquistas sociales y la paz social que procuraron los acuerdos del *New Deal*.

En la medida en que la Administración ha conseguido recortar los programas sociales, lo ha hecho convirtiendo estos recortes en parte de su campaña general de

La Administración ha convertido los recortes de los programas sociales en parte de su campaña general de «privatización».

«privatización». Esta campaña se basa en el descontento popular hacia la burocracia y los impuestos. Pero en realidad la política de la Administración sólo ha privatizado los aspectos *sociales* de la vida de los americanos, al tiempo que desarrollaba nuevos y más estrechos lazos entre el gobierno y el mundo empresarial.

Por esta razón, la cuestión de la privatización es en el fondo una cuestión de «justicia». La privatización de la vida social —el ocio, la educación, la asistencia sanitaria, la jubilación— ha rebajado el nivel de vida de la mayoría de los americanos aun cuando los impuestos se hayan reducido. Los estudios del Joint Economic Committee del Congreso muestran que, salvo el 40 % superior, todos los perceptores de rentas se han resentido significativamente de los recortes de los impuestos y del gasto llevados a cabo por el presidente en 1981-82, mientras que los perceptores de rentas más altas se han beneficiado significativamente. De acuerdo con otras estimaciones recientes, la parte de la renta total disponible en manos del 60 % de los perceptores de rentas más bajas en los Estados Unidos descendió de un 38,8 % en 1979 a un 38 % en 1984, mientras que la parte del 20 % superior se incrementaba de un 37 % a un 37,6 % en ese mismo período. Aunque los que vivían en la pobreza sólo aumentaron de un 11,2 % a un 12,3 % durante la recesión de 1974-75, su número creció de un 13 % en 1980 a más de un 16 % en 1984.

Dado que los pobres son en gran parte miembros de minorías y mujeres, han sido el creciente número de hogares uniparentales encabezados por una mujer y la mayoría de los negros e hispanos los que más se han visto afectados por la política de Reagan. Son también los que me-

nos probabilidades tienen de participar en una recuperación basada en el gasto militar y en una política monetaria anti-inflacionaria. Esta expansión es intrínsecamente

contraria al pleno empleo y al crecimiento de los salarios de los trabajadores menos especializados. La política social y económica de la Administración ha hecho así de las mujeres, las minorías y los sindicatos las bases de la oposición a los candidatos republicanos a nivel local.

5. La desreglamentación es otra quimera del programa neoconservador que tiene implicaciones políticas a largo plazo. El principal efecto de la disminución de la «intromisión» del gobierno en las empresas, como la protección del medio ambiente o la reglamentación de los servicios públicos y el transporte, ha sido la transferencia de los costes sociales reales de las empresas a los particulares. El peso de esta transferencia ha recaído en especial sobre los ciudadanos con rentas bajas; son ellos los que viven cerca de los vertederos de basuras o en ciudades contaminadas, y son ellos los más perjudicados cuando suben los precios de los servicios públicos.

Pero la preocupación por el medio ambiente va más allá de sus efectos sobre los pobres. Los niveles de contaminación, salud y seguridad, la preservación de los recursos nacionales y la condición de la vida urbana afectan prácticamente a todos los americanos. La forma en que la Administración aborda estos problemas amenaza con crear dificultades mucho más serias en el futuro. La reaganomía puede estar sacrificando la calidad de vida existente dentro de una generación a cambio de unas ganancias y unas tasas de crecimiento más altas en los próximos años.

6. Finalmente, el modelo es vulnerable porque tardará en ser plenamente aplicado. El crecimiento económico, mientras tanto, podría ser sumamente inestable. Esto sucede en cualquier reestructuración del sistema económico. Pero en el caso de este modelo, proyectado para acabar con las principales conquistas sociales y eco-

En 1988 los candidatos demócratas tendrán que haber desarrollado un nuevo modelo que afronte la conservación del empleo.

nómicas realizadas a lo largo de dos generaciones, es especialmente importante un crecimiento económico rápido y sostenido. Para la mayoría de los americanos, un crecimiento rápido con unos precios estables es tal vez la única razón para aceptar la reaganomía, en la esperanza de conseguir pronto un nivel de vida absoluto superior al que tendrían con una alternativa más equitativa. Una recesión en los próximos tres años que defraudara estas esperanzas crearía una oposición enormemente amplia a la reaganomía.

¿Cuáles son las perspectivas políticas de la reaganomía?

Los primeros ataques al programa económico de la Administración han comenzado ya, pero en el contexto de la agenda neoconservadora. El Senado, con la bendición del presidente, aprobó un proyecto de ley sobre reducción del déficit a comienzos de este año. Sin embargo, la Cámara de Representantes, controlada por los demócratas, aprobó una versión muy diferente del mismo proyecto de ley, haciendo hincapié en la reducción del gasto militar y controlando firmemente el gasto social. Parece ser que el compromiso alcanzado en torno a la reducción del déficit puede obligar a una disminución sustancial del crecimiento del presupuesto militar, y al mismo tiempo garantizar la seguridad social y algunos programas destinados a los pobres. Dado que se espera que los tipos de interés bajen cuando el déficit disminuya, tanto la inversión como la demanda de bienes de consumo deberían aumentar. Pero las compras de bienes y servicios por parte del gobierno tendrán que disminuir también, reduciendo la demanda y el crecimiento económico. Si en los próximos tres años aparecen signos de recesión —y es posible que tales signos aparezcan en 1986— el objetivo de eliminar el déficit en 1991 será olvidado. Los republicanos preferirían contraer déficits que arriesgar-

se a ser derrotados en 1988 a causa de una economía precaria.

El presidente también se apropió de una reforma fiscal de los demócratas y la presentó como suya a comienzos de 1985. Pero, al igual que la reducción presupuestaria, la reforma fiscal está causando ahora problemas a los neoconservadores. La Cámara de Representantes ha cambiado la legislación propuesta por el presidente de tal forma que es ahora mucho menos favorable a las empresas y mucho más sensible a la situación de los contribuyentes de renta baja y media. El proyecto de ley sufrirá nuevos cambios en el Senado, si es aprobado por la Cámara, pero los demócratas están ahora en condiciones de hacer de la «justicia» el lema principal de la reforma fiscal. Con unas ganancias

después de deducir impuestos cercanas al 18 % en 1985, cuando en 1977-80 eran de un 8,1 %, es probable que una reforma fiscal con las cláusulas fiscales míni-

mas introducidas ahora en la versión demócrata de la Cámara perjudique a las grandes empresas. El debate público sobre la reforma fiscal revelará también hasta qué punto las empresas se han beneficiado de la legislación fiscal de 1981 e incrementará las presiones para que las empresas paguen lo que les corresponde.

Aunque estas batallas legislativas podrían exacerbar las contradicciones internas de la política económica de la Administración, no constituyen en sí una alternativa al modelo neoconservador. Pero las batallas nos dan una pista de la postura económica que mantendrán los demócratas de la corriente mayoritaria en las elecciones al Congreso de 1986. Esta postura se basará en el conservadurismo y la justicia fiscal, es decir, en el equilibrio del presupuesto mediante la reducción del gasto militar y la contención de los costes de la asistencia sanitaria, pero también mediante el incremento de los ingresos fiscales, haciendo que las empresas y los

individuos con rentas altas paguen lo que les corresponde. Además, los demócratas argumentarán que el equilibrio del presupuesto tiene que ser lo suficientemente flexible como para permitir un estímulo al crecimiento económico cuando la economía es precaria.

Es probable que los demócratas consigan una gran ventaja en 1986. Los ingresos familiares reales continuarán retrocediendo y el crecimiento económico seguirá siendo a lo sumo poco espectacular. La combinación de conservadurismo fiscal, reducción del gasto militar y voluntad de que las grandes empresas y los ricos paguen lo que les corresponda de impuestos gustará a la mayoría de los votantes.

Sin embargo, en 1988 los candidatos de-

La política económica de EE.UU., y de otros países desarrollados, debería formar parte de un acuerdo negociado sobre el crecimiento mundial.

demócratas a la presidencia tendrán que haber desarrollado un nuevo modelo que se enfrente a la conservación de los puestos de trabajo en los Estados Unidos frente a

la intensificada competencia internacional de Japón, Asia suroriental, Europa y Latinoamérica. La deuda del Tercer Mundo seguirá siendo un problema.

Este modelo tendrá que abordar algo más que las cuestiones del déficit y la justicia. Tendrá que desarrollar una base para el crecimiento económico americano que no sea la expansión militar, la afluencia de capitales, la reducción de los costes del trabajo a nivel nacional y el lento crecimiento del consumo en el resto del mundo que caracterizan a la reaganomía. En una economía internacional en la que los Estados Unidos no tienen ya la hegemonía total (como la tenían en la década de 1960), esto significa unos acuerdos negociados de cooperación sobre la participación en el crecimiento económico mundial en lugar de la política de «crecimiento a costa del vecino» llevada a cabo por los principales actores en la década de 1980. Significa resolver la crisis de la deuda sobre una base multilateral

en lugar de obligar a los países del Tercer Mundo a soportar todo el coste de la política de la Administración Reagan encaminada a resolver los problemas *internos* de los Estados Unidos en la década de 1980. Países como Japón deben cooperar también más a la hora de compartir sus mercados nacionales con sus competidores. Esto quiere decir que la política económica de los Estados Unidos y de otros países desarrollados debería fomar parte —en cierto sentido— de un acuerdo negociado sobre el crecimiento mundial. Bretton Woods desempeñó esta función

al término de la segunda guerra mundial. Un acuerdo hecho hoy sería más difícil, porque los Estados Unidos no tienen ya el pleno dominio que tenían entonces. Pero esto no hace que el acuerdo sea menos necesario.

Traducción: Pilar López

Este artículo fue presentado en el Simposio *Estados Unidos en 1985: Luces y sombras*, organizado por la Fundación Pablo Iglesias los días 17 a 19 de diciembre de 1985.

Cuadro 1

Estados Unidos: crecimiento anual real del producto nacional bruto, la inversión privada interior bruta de los no residentes, el consumo personal y las compras gubernamentales de bienes y servicios durante la Administración Carter (1976-80) y la Administración Reagan (1980-85) (en %).

Año	PNB	IPIB no resid.	Consumo personal	Compras gubernamentales			
				Tot. fed.	Def.	No def.	Est. y loc.
1976-80	3,2	7,1	3,1	2,2	1,9	3,4	1,1
1976-79	4,4	10,1	4,1	1,8	1,3	3,0	1,5
1980-85	2,7	6,6	3,5	4,0	6,2	-0,6	0,6
1982-85	4,4	11,3	4,7	3,5	6,1	-1,7	1,2

FUENTE: Council of Economics Advisors, *Economic indicators*, agosto de 1985, pág. 2.

NOTA: Las cifras de 1985 son aproximadas y están basadas en la tasa de crecimiento de los dos primeros trimestres, proyectada al tercero y al cuarto.

Cuadro 2

Estados Unidos: porcentaje del gasto gubernamental en el producto nacional bruto, 1979-1985 (en %).

Año	Total	Federal	Déficit federal	Estatal/local	Excedente estatal/local
1979	31,0	20,8	-0,7	13,2	1,2
1980	33,0	21,9	-2,3	13,5	1,2
1981	33,2	22,6	-2,2	12,9	1,3
1982	35,5	24,1	-4,8	13,3	1,1
1983	35,3	24,7	-5,4	13,1	1,3
1984	34,3	23,4	-4,8	12,9	1,4
1985 (a)	35,3	24,5	-5,3	—	1,3

FUENTE: *Economic indicators*, agosto de 1985.

Cuadro 3

Estados Unidos: ahorros brutos, por categorías, e incremento neto de los fondos extranjeros en los Estados Unidos como parte del producto nacional bruto, 1976-85 (en %).

Año	Ahorros brutos	Ahorros personales	Ahorros empresas	Déficit federal	Excedente est./loc.	Fondos netos extranjeros
1976	14,1	4,8	12,3	-3,1	0,1	-0,8
1977	16,1	4,1	13,0	-2,4	1,4	0,8
1978	17,3	4,1	13,2	-1,4	1,4	0,1
1979	17,3	4,0	12,8	-0,7	1,2	-1,0
1980	15,5	4,2	12,4	-2,3	1,2	-1,2
1981	16,3	4,6	12,6	-2,2	1,3	-1,1
1982	13,3	4,4	12,6	-4,8	1,1	-0,8
1983	13,2	3,6	13,7	-5,4	1,3	0,9
1984	15,1	4,3	14,2	-4,8	1,4	2,1
1985 (a)	14,5	3,5	15,0	-5,3	1,3	1,8

FUENTE: U.S. Department of Commerce, Bureau of Economic Analysis, *Survey of Current Business*, número de septiembre, por años, 1978-85, cuadros de renta nacional y productividad, y «U.S. international transactions, second quarter», cuadro A.

NOTA: (a) Estimado sobre la base de las cifras de la primera mitad del año proyectadas al final del año.

Cuadro 4

Crecimiento medio del producto nacional bruto en las economías industrializadas y en las economías en vías de desarrollo, 1960-95 (cambio medio anual en porcentaje).

Grupo de países	1960-73	1973-79	1980-85	1985-95	
				Caso máximo	Caso mínimo
Renta baja					
— Asia	5,9	5,2	5,8	5,3	4,6
— Africa (sin incluir Sudáfrica)	3,5	2,1	1,7	3,2	2,8
Renta media importadores de petróleo					
— Exportadores de manufacturas	6,7	5,8	1,6	6,3	5,2
— Otros	5,3	4,3	1,9	4,3	3,8
Renta media exportadores de petróleo	6,9	4,9	2,4	5,4	4,7
Economías industrializadas	4,9	2,8	1,9	4,3	2,5

FUENTE: Banco Mundial, *World development report*, 1984, cuadro 3.1.